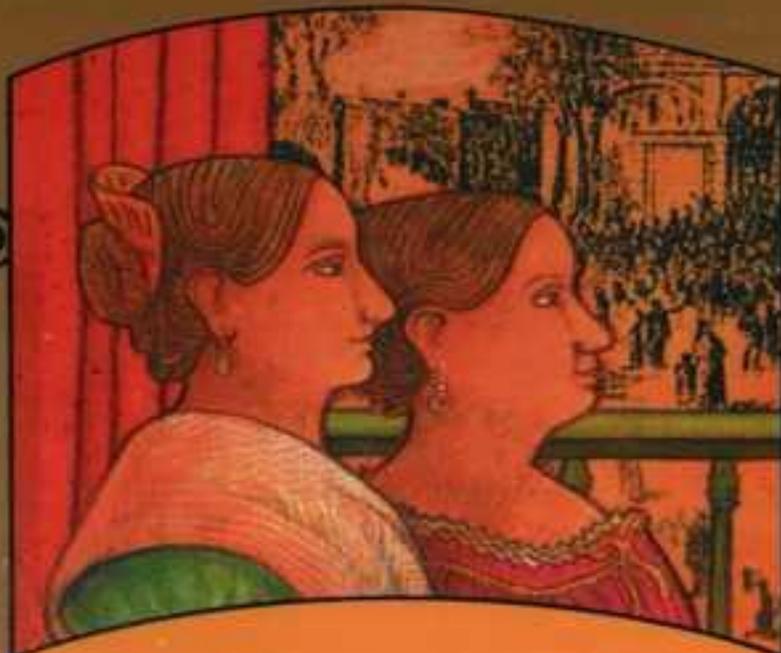


BIOGRAFÍAS PARA NIÑOS



Mujeres en la Independencia

F1208
MB
1996 - EJ. 5 (15960)
BIB. NO. 1

AL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA



**Mujeres
en la
Independencia**

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA



**INSTITUTO NACIONAL
DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA**

Dra. Guadalupe Rivera Marín
Vocal Ejecutiva del INEHM

Lic. Rocio González Higuera
Directora de Difusión

Lic. Leticia E. Barragán López
Directora de Investigación

Dr. Gastón García Cantú, Dra. Ma. del Refugio González, Dr. Álvaro Matute Aguirre,
Dr. Santiago Portilla, Mtra. Berta Ulloa Ortiz y Dr. Fausto Zerón-Medina.
Secretaría Técnica: Lic. Ma. Teresa Franco y González Salas
Consejo Técnico

Blanca López Chavarría y Ruth Solís Vicarte
Texto original

Mauricio Gómez Morín
Ilustraciones de esta edición

Benigno Casas
Producción editorial

Roberto Chávez
Cuidado de la edición

José Luis Garrido Estrada
Diseño



**SECRETARÍA
DE GOBERNACIÓN**

Lic. Emilio Chuayffet Chemor
Secretario de Gobernación

Lic. Arturo Núñez Jiménez
Subsecretario de Gobierno

Dr. José Natividad González Parás
Subsecretario de Desarrollo Político

Lic. Rafael Rodríguez Barrera
Subsecretario de Asuntos Jurídicos y Asociaciones Religiosas

Lic. César Becker Cuellar
Subsecretario de Población y Servicios Migratorios

Lic. Juan Ramiro Robledo Ruiz
Subsecretario de Protección Civil y Prevención y Readaptación Social

Lic. Ausencio Chávez Hernández
Oficial Mayor

Lic. Sergio Domínguez Vargas
Contralor Interno

Lic. David López Gutiérrez
Director General de Comunicación Social

19960

I
F1208
M8
1996

Victoria Leonor, 1789-1829
2. Ortiz de Domínguez, 1829-1829

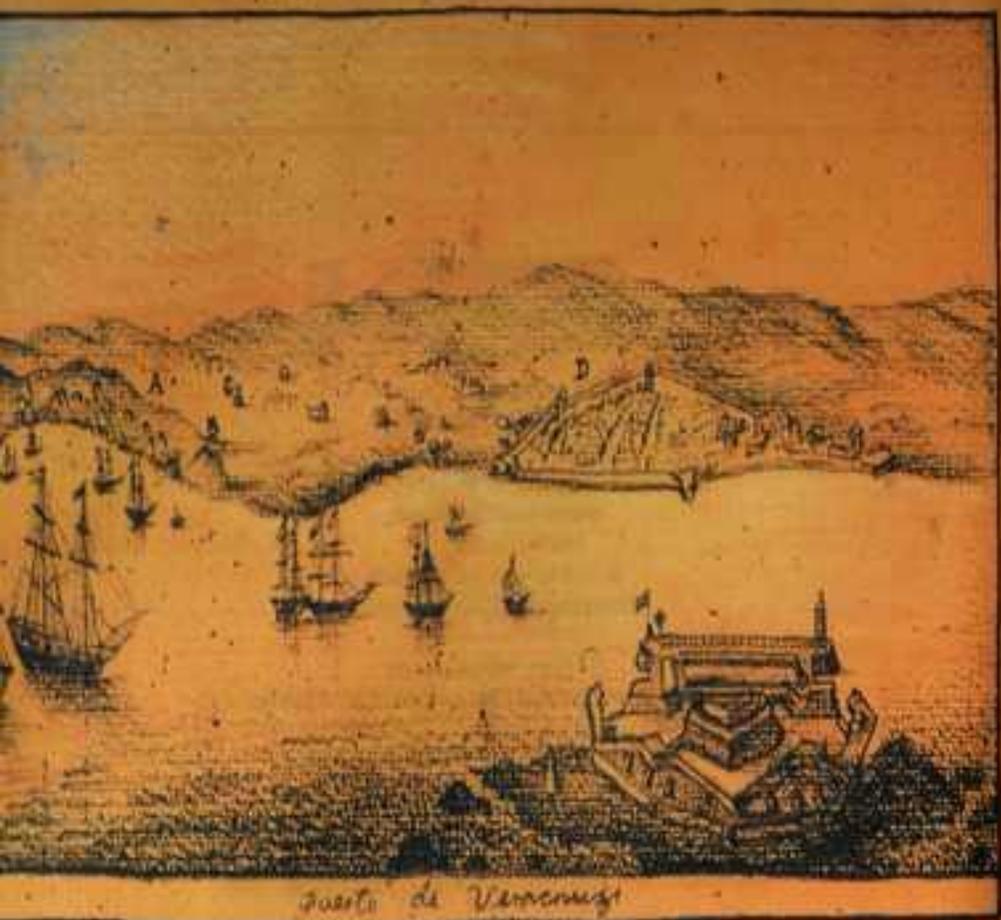


H

ace muchos años, a mediados del siglo XVIII, llegó a las costas de Veracruz José María Ortiz junto con su familia. Dejaron su hogar en Vizcaya, en el norte de España, al igual que muchos de sus compatriotas, para radicar en la Nueva España con la esperanza de hacer fortuna.

La familia Ortiz decidió establecerse en la bella ciudad de Valladolid, actualmente Morelia. Al poco tiempo de vivir en esta ciudad (el 8 de septiembre de 1768), nació su segunda hija, a quien pusieron por nombre María de la Natividad Josefa. Aún pequeña, Josefa quedó huérfana; sin embargo, su hermana mayor se hizo cargo de ella. Como las dos hermanas no tenían parientes en Valladolid, decidieron viajar a la ciudad de México.





Puerto de Veracruz

Quetz

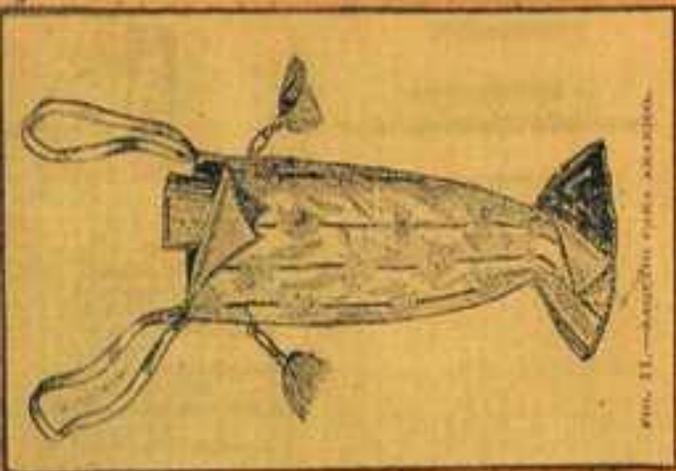


Fig. 11. — Bagnetto para aborigen.



Calidad de Mexico



Retrato de la niña Maria de la Natividad Josefa Ortega

ellos era don Miguel Domínguez, quien al ver a Josefa se detuvo para preguntarle su nombre. Luego continuó el recorrido.

Poco tiempo después, Miguel Domínguez volvió al colegio y solicitó permiso para visitar a la joven Josefa, pues deseaba casarse con ella.

En 1793, Josefa Ortiz y Miguel Domínguez se unieron en matrimonio.

LOS DOMÍNGUEZ MARCHAN A QUERÉTARO

Josefa vivió en la ciudad de México los primeros años de su matrimonio. Miguel, su marido, era un hombre capaz, y gracias a su trabajo se había ganado el aprecio del virrey. Cuando el corregidor de Querétaro murió y hubo que nombrar al sustituto, el virrey pensó en don Miguel. Así fue como los Domínguez, que para estas fechas ya tenían seis hijos, se dirigieron a Querétaro, una hermosa e importante ciudad comercial.

Durante estos años llegaban de España bandos con disposiciones sobre nuevos impuestos, los cuales causaban

malestar entre los habitantes de la Nueva España, ya que frenaban su desarrollo.

Miguel Domínguez, ya en funciones de corregidor, a nombre de un grupo de personas, presentó una queja contra una de estas medidas que perjudicaba los intereses de la población. A pesar de su protesta, el corregidor no logró que el gobierno la anulara y, en cambio, causó que éste fuera suspendido de su cargo por algún tiempo.

ESPAÑA EN 1808

En 1808 Napoleón Bonaparte, emperador de Francia, invadió España. Después de apresarse al rey Fernando VII, nombró como rey de España a su hermano José. Ante estos hechos, los españoles lucharon por la liberación de su patria.

En la Nueva España, muchos hombres pensaron que era el momento de declarar a su país independiente de España. Ellos consideraban que al faltar el rey legítimo, el derecho de gobernarse recaía en el pueblo.

Al respecto, los Domínguez comentaron:

—Cada vez se habla más de la necesidad de convocar a juntas en todas las provincias de la Nueva España —dijo el corregidor.

—¿Es verdad que el mismo virrey está de acuerdo con estos planes? —preguntó doña Josefa.

—Así es. Hace unos minutos envié una carta al virrey para conocer sus órdenes y poder iniciar los nombramientos en Querétaro. Ahora sólo queda esperar la respuesta.

Esos planes no se pudieron llevar a cabo, pues quienes estaban a favor de continuar bajo el dominio de España apresaron al virrey y a los principales representantes de los criollos.

DOÑA JOSEFA Y LA CONSPIRACIÓN DE 1810

A partir de la destitución del virrey Iturrigaray, se iniciaron juntas secretas en las principales ciudades para discutir la situación política de la Nueva España.

A fines de 1809, se descubrió una conspiración en Valladolid, pero a pesar de los castigos impuestos a los conspiradores, se siguieron realizando nuevas juntas.



En Querétaro participaba activamente Josefa Ortiz de Domínguez, la corregidora. Las juntas se hacían en distintas casas con el pretexto de comentar temas literarios. En estas juntas participaban también Ignacio Allende y Juan Aldama, al igual que don Miguel Hidalgo, cura del pueblo de Dolores.

Aunque el corregidor no participaba directamente en la conspiración, sí protegía a los participantes.

Los conspiradores propusieron a Miguel Hidalgo como jefe del movimiento, el cual tenía como objetivos principales: propagar entre los ciudadanos la inconformidad contra el gobierno español, rechazar que la Nueva España quedara en manos de los franceses y, en el momento oportuno, declarar su independencia; hasta en tanto regresara al trono español el rey Fernando VII, sería gobernada por una asamblea de representantes de las provincias. El inicio de este movimiento estaba planeado para los primeros días de octubre.

LA CONSPIRACIÓN DENUNCIADA

Desde que el movimiento de Valladolid fue descubierto, se tenían informes de que nuevas juntas se realizaban en algunas ciudades del reino. En los primeros días de septiembre de 1810, la conspiración de Querétaro fue denunciada a las autoridades. Al enterarse el corregidor, alarmado, llamó a su esposa:

—Josefa, acabo de enterarme de que la conspiración ha sido denunciada.

—¡No es posible! ¡Qué noticia tan terrible! —contestó ella.

—Eso no es todo: se ha elaborado una lista de implicados, y nosotros estamos en ella. Ahora yo tengo que investigarlo.

—¿Qué es lo que piensas hacer? —preguntó doña Josefa al corregidor.

—Trataré de retardar las averiguaciones. Han denunciado al hombre que guarda las municiones en su casa y ordenan que sea registrada. Estando yo presente, trataré de que no encuentren nada.



—Me parece que se debe informar de todo esto a don Miguel, pues él sabría qué hacer.

—Prefiero que tú no interviengas. No quiero que te comprometas.

Permanecerás en la casa mientras yo voy a hacer ese registro.

El corregidor salió, dejando a doña Josefa en su cuarto. Ella sabía el peligro que corrían sus amigos. De pronto recordó que en la planta baja de su habitación vivía Ignacio Pérez, quien también participaba en la conspiración. Como no tenía otra forma para llamarlo, dio tres taconazos en el piso. Pocos minutos después, el hombre llegó hasta la habitación de la corregidora y, a través de la puerta, le dijo lo que sucedía. La corregidora le pidió que avisara inmediatamente a Hidalgo. Ignacio Pérez salió de prisa rumbo a Dolores. Dos días después, Miguel Hidalgo recibió el mensaje de la corregidora y decidió lanzarse a la lucha la madrugada del 16 de septiembre de 1810.

Mientras tanto, en Querétaro, doña Josefa y su esposo fueron arrestados al ser acusados nuevamente. Por ser fun-

cionario del gobierno, Miguel Domínguez salió libre a los pocos días y volvió a su cargo. Doña Josefa fue liberada a cambio de la libertad de un funcionario gubernamental que había caído en poder de un grupo de insurgentes.

LA VIDA DE LA CORREGIDORA DESPUÉS DE 1810

Durante los primeros meses de lucha, Josefa Ortiz siguió apoyando la causa insurgente, al igual que muchas mujeres. Ayudaba con dinero a los combatientes pero, sobre todo, seguía propagando la idea de la Independencia entre los habitantes de Querétaro.

La vida de los corregidores parecía volver a la normalidad. Sin embargo, en 1813 llegó a manos del virrey un informe confidencial en el que se decía que la esposa del corregidor seguía ayudando a los insurgentes. A principios de 1814, Josefa Ortiz fue arrestada y conducida a la ciudad de México para instruirle un juicio. Su esposo, como abogado, solicitó permiso para encargarse de su defensa. El corregidor escribió varias cartas al virrey Félix



Cabeza



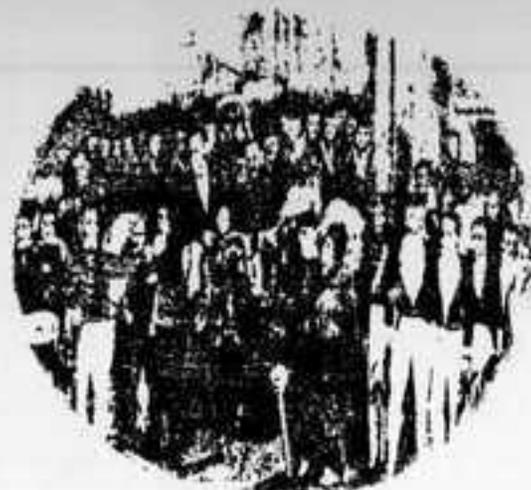
María Calleja, solicitando la liberación de su esposa. En esas cartas decía cómo los hijos de la corregidora habían llorado al verla partir, dejándolos solos. Calleja, que se caracterizaba por su dureza contra los insurgentes, se negó a dejarla en libertad. Después de un largo juicio, doña Josefa fue condenada, el 16 de noviembre de 1816, a cuatro años de prisión.

En 1817, al ser nombrado un nuevo virrey, el corregidor volvió a pedir la liberación de su esposa, que finalmente le fue concedida. Así, un día de junio, a las afueras del Convento de Santa Catalina en el que había sido recluida, doña Josefa se encontró con toda su familia. Al ver a sus hijos, dijo:

—Gracias a Dios estoy libre. Por fin estaré de nuevo con ustedes. Viviremos en esta ciudad, pues ésa fue la condición para dejarme en libertad.

Cuando doña Josefa obtuvo su libertad, todos los insurgentes que había conocido estaban muertos. La lucha sólo continuaba en las montañas del sur.

Años después, en 1821, hubo grandes fiestas en la ciudad. Todas las calles lucían adornos con flores; los habitantes de México estaban felices: la guerra, después de once años de lucha, había terminado.



Doña Josefa, al enterarse de la noticia, pensó en todos aquellos que habían luchado hasta morir: Hidalgo, Allende, Aldama, entre muchos otros, para lograr que la patria fuera libre.

Al declararse Agustín de Iturbide emperador de México, la emperatriz propuso a doña Josefa que fuera dama de su corte, pero ella no aceptó.

También se negó a recibir una recompensa por los servicios prestados a la nación, aduciendo que:

—Lo poco que hice no fue pensando en recompensa alguna, sino por la libertad de mi patria.

Josefa Ortiz de Domínguez, mujer que arriesgó su libertad y su vida por la causa de la Independencia de México, murió en la ciudad de México en 1829.



Retrato de la niña Maria Soledad Soana Comilla
 Vicario Ferrandiz de San Salvador



fig # 1

MOLCAJETE



Isrr. 2.

Plaza Mayor de Mexico

80412



A

finos de 1700 la ciudad de México, capital de la Nueva España, mostraba un aspecto muy bello.

Además de los conventos, las iglesias y los hospitales que había, se construyeron palacios, casas, plazas y paseos como el de Bucareli. La ciudad causaba admiración a sus visitantes.

Por otra parte, había crecido la población debido a que, día a día, llegaban a la ciudad muchas personas en busca de trabajo, pues en el campo no había. Tal situación se debía a las sequías y a las epidemias, las cuales obligaban a la gente a abandonar su lugar de origen.

En esta ciudad llena de contrastes, nació la heroína de nuestra historia, una mañana de primavera de 1789.

En esa época era costumbre bautizar con varios nombres a los recién nacidos. En el acta de bautismo de Leona

LEONA VICARIO

SU INFANCIA



Vicario se asienta que la pequeña recibió por nombre María Soledad Leona Camila Vicario Fernández de San Salvador.

María Leona sólo tuvo una media hermana, que era varios años mayor que ella. Tuvo la suerte de recibir una educación que sólo se daba a los hijos varones. A las niñas, por lo general, únicamente se les enseñaba a coser, bordar, tocar el piano y, ya adolescentes, a dirigir una casa. Sin embargo, María Leona no sólo aprendió a leer y escribir, también estudió francés, lo cual le permitió ampliar sus conocimientos sobre historia, literatura e incluso política.

Cuando la pequeña María Leona iba con sus padres a visitar a sus parientes maternos, cerca de Toluca, aprovechaba la ocasión para aprender cosas que a ella le parecían divertidas: desgranar elotes, moler en metate, hacer tortillas. Otras veces montaba a caballo o jugaba en un arroyo cercano.

Todas estas actividades horrorizaban a su hermana y a sus primas, pero más a sus tías, quienes veían muy mal que a una niña se le educara de tal manera.

—Camila—decía una de las tías a su madre—, ¿cómo es posible que permitas a tu hija hacer cosas que no son propias de una niña? Está creciendo como un salvaje.

—Pero, ¿es que no saben por qué me comporto así, queridas tías?—les preguntaba María Leona—. Pues bien, como mis papás me quieren mucho me permiten que aprenda a hacer muchas cosas, y como me pusieron un nombre de fiera —Leona— me gusta ser libre como animal del monte.

—¡María Leona, por Dios, no hables así!—exclamaba indignada su tía—. En primer lugar, llevas el nombre de tu abuela, mi querida y santa madre y, en segundo, vives en una ciudad, no en la selva.

No obstante este carácter rebelde e inquieto, cuando llegaba la tarde María Leona se sentaba a esperar con ansia a que su padre se pusiera a estudiar con ella o bien que le contara historias o leyendas de países lejanos o de la Nueva España, de lo grande y hermosa que ésta era, de las diferentes ciudades que había y de las costumbres de cada lugar.

—Sabes, papá—decía María Leona—, cuando sea grande nos iremos a conocer muchos pueblos de México. ¿Me lo prometes?

—No me gustaría prometerte algo que quizá no pueda cumplir. Nuestro país es muy grande y es difícil recorrerlo porque no hay buenos caminos. Tendríamos que hacerlo a pie o a caballo.

—Pues no importa, lo conoceremos aunque sea a caballo.

MUEREN SUS PADRES

Cuando María Leona era una adolescente, murieron sus padres. Su tío materno y tutor, don Agustín Pomposo, a pesar de que no estaba de acuerdo en que una mujer gozara de tanta libertad, le permitió quedarse a vivir en una casa contigua a la de él, acompañada únicamente por su nana y por las personas que trabajaban en la casa. Su hermana hacía tiempo que se había casado con un señor de la aristocracia.

En cuanto terminó el luto por la muerte de sus padres, María Leona comenzó a organizar veladas literarias a las que asistían pintores, periodistas y abogados. Entre estos últimos estaba un primo suyo: el joven Andrés Quintana Roo, quien tiempo después se casaría con ella.

En estas reuniones, además de hablar sobre diferentes temas, se comentaban y analizaban la situación política y los problemas económicos que padecían, como la falta de

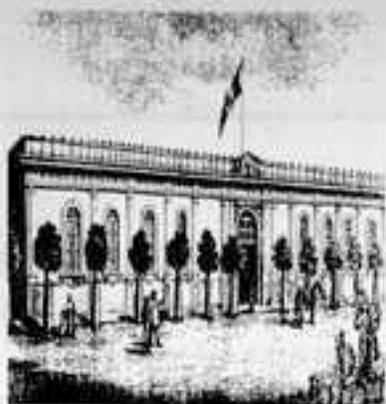
trabajo y el hecho de que el gobierno virreinal enviara grandes sumas de dinero al rey de España. En México, y en particular en la capital, había mucha miseria.

Por eso, cuando la conspiración en la ciudad de Querétaro fue descubierta, uno de los principales participantes —don Miguel Hidalgo y Costilla— decidió precipitar los acontecimientos.

LEONA VICARIO Y SUS AMIGOS AYUDAN A LOS INSURGENTES

Desde que se inició la lucha armada, Leona Vicario —que en 1810 tenía 21 años— y su grupo de amigos colaboraron con la causa enviando ayuda desde la ciudad de México. Leona vendió sus joyas para conseguir dinero y poder comprar armas y comida para los insurgentes.

Después logró convencer a los españoles que estaban encargados de fabricar las armas reales para que se fueran a Tlalpujahua (en el Estado de México), lugar donde se encontraba Ignacio López Rayón, para que hicieran los caño-



nes y los fusiles para la lucha. Si aceptaban, María Leona se comprometía a sostener a sus familias.

Don Agustín, su tío, sin sospechar en qué empleaba el dinero su sobrina, le daba fuertes cantidades, aunque le preocupaba que ella empezara a gastar la herencia de sus padres.

A la familia de María Leona, en particular a su hermana y a sus primas, les sorprendió que un buen día ella se interesara por asistir a los bailes y a las fiestas, en especial a los de palacio o a las tertulias de los altos funcionarios del gobierno. Mas para sus amigos no hubo sorpresa alguna, porque sabían muy bien la razón: no faltaba algún oficial que cometiera la indiscreción de contar a María Leona la próxima salida del batallón a su mando hacia alguna zona, o la conducción de un convoy con un cargamento valioso, como barras de oro o de plata, o bien, armamento.

Cualquier dato que pudiera obtener era importante para los insurgentes. Ella se comunicaba a través de cartas que



enviaba con un "correo", apellidado Salazar, quien a su vez las entregaba a la madre de los López Rayón (Ignacio, Ramón, Rafael y Francisco).

MARÍA LEONA ES DESCUBIERTA

Una mañana de 1813, la nana de María Leona regresaba de prisa a la casa para contarle que en el mercado había sido leído en voz alta un bando del virrey, en el que amenazaba con castigos e incluso con la pena de muerte no sólo a los que se unieran a la lucha, sino a todos aquellos que ayudaran al movimiento insurgente. ¡Cuál no sería su sorpresa al ver que la casa de María Leona estaba siendo revisada por la policía!

Mientras tanto, Leona esperaba ansiosa a su "correo", quien puntualmente asistía cada semana, al lugar de la cita —la iglesia—, llevándole noticias y peticiones de ayuda.

Hacia más de un año que su novio Andrés Quintana Roo y su primo Manuel habían abandonado el bufete de abogados del tío de Leona para irse a luchar en favor de la Independencia.

La nana llegó corriendo a la iglesia para avisarle lo que había ocurrido. Salazar, su "correo", había sido detenido. María Leona decidió huir. Alquiló un carruaje para ir al pueblo de San Juanico, por el rumbo de Tacuba; después de una mala noche, continuó a pie hasta San Antonio Huixquilucan. Desde este lugar, escribió a los insurgentes para que fueran en su ayuda.

Pasaron varios días de inútil espera y, al sentirse muy enferma, pidió a su tío que fuera por ella.

SU RECLUSIÓN Y PROCESO

Don Agustín ya había sido informado por el gobierno de las acusaciones en contra de su sobrina. A pesar de ello logró que no la llevaran a la cárcel pública, sino al Colegio de Belén, como "reclusa forzada".



Durante su juicio, Leona demostró la fortaleza de su carácter: soportó largas horas de interrogatorio y no delató a ninguno de sus compañeros, a pesar de las amenazas del juez.

Ante la insistencia de que diera los nombres de los rebeldes, Leona contestó muy enojada que era natural que les escribiera, ya que se preocupaba por las personas a las que quería desde hacía mucho tiempo, y que tal hecho no era una prueba de que ella estuviera de parte de los insurgentes.

—Por otra parte —dijo María Leona—, desprecio las amenazas de ustedes, y me hagan lo que me hagan no delataré a nadie.

MARÍA LEONA ES RESCATADA

El juicio de María Leona duró varios días. Cuando concluyó, fue enviada de nuevo al Colegio de Belén. Puesto que éste no ofrecía seguridad, se pidió que la vigilaran constantemente. En poco tiempo, María Leona se ganó la simpatía de las vigilantes.

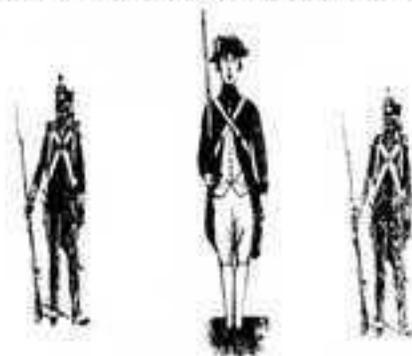
Desde el momento en que fue detenida, sus amigos comenzaron a planear el modo de rescatarla. Por fin, el 20

de abril, seis hombres armados, montados a caballo, se dirigieron hacia la entrada del edificio. Tres permanecieron vigilando, los otros desmontaron y rápidamente penetraron en la portería en el momento preciso en que cerraban la puerta. Amenazaron con pistolas a las porteras, obligándolas a llevarlos al sitio donde se encontraba María Leona.

Cuando se dio cuenta de que venían a rescatarla, no pudo contener su alegría. Mientras corría por los pasillos del colegio, gritaba: "¡Vivan los insurgentes!" Tampoco pudo contener la risa cuando vio que la encargada de custodiarla iba detrás de ellos diciendo: "¡Por amor de Dios, no se la lleven! ¿Qué cuentas le voy a dar al señor juez?"

Un amigo suyo, el periodista Fernández de Lizardi, se atrevió a publicar la noticia. La evasión de María Leona causó un vivo interés entre los habitantes de la capital. Se hablaba del asunto en las calles, las plazas y el mercado.

Unos aseguraban que habían venido más de 500 insurgentes a rescatar a María Leona; otros que 200. Algunos decían que habían sido sólo tres los audaces. También se comen-



taba que los autores eran todos militares. Otros afirmaban que fueron clérigos y licenciados.

HUÍDA A OAXACA

Después de ocultarse durante varios días, María Leona y tres de sus compañeros emprendieron el viaje hacia la ciudad de Oaxaca, la cual había sido tomada por el ejército insurgente al mando de José María Morelos y Pavón.

El pintor Rodríguez Alconedo untó la cara con betún a Leona para disfrazarla de negra. Leona y sus amigos aparentaban ser un grupo de campesinos que llevaban a vender sus productos: legumbres y granos, en ollas transportadas en burros.

A María Leona no le importó hacer este largo y penoso camino. Cruzaron montañas cubiertas de nieve para llegar a Puebla; después caminaron por sitios desolados, sin agua, donde hacía un intenso calor en el día y mucho frío por la noche, pues transitaban por una zona semidesértica. Ante la preocupación de sus amigos por su estado de salud, ella les contestaba:

—¡Claro que estoy bien! No me importan las incomodidades, porque al fin estoy realizando un deseo que tengo desde que era niña: conocer a mi propio país y a su gente, saber cómo viven. ¡De veras estoy feliz!

SU VIDA ENTRE LOS INSURGENTES

En Oaxaca empezó una nueva etapa de la vida de María Leona a favor de la Independencia de México. Anteriormente su ayuda había consistido en enviar dinero, ropa y todo lo que hiciera falta a los insurgentes; ahora estaría presente en los campos de batalla.

Cuando María Leona llegó a Oaxaca, el general Morelos y su ejército ya habían partido hacia el puerto de Acapulco para tratar de tomarlo y cortar el tránsito de mercancías hacia la ciudad de México.

Antes de partir, Morelos al enterarse de la participación de Leona en favor de la lucha, pidió que le dieran una recompensa por sus sacrificios y que la protegieran:

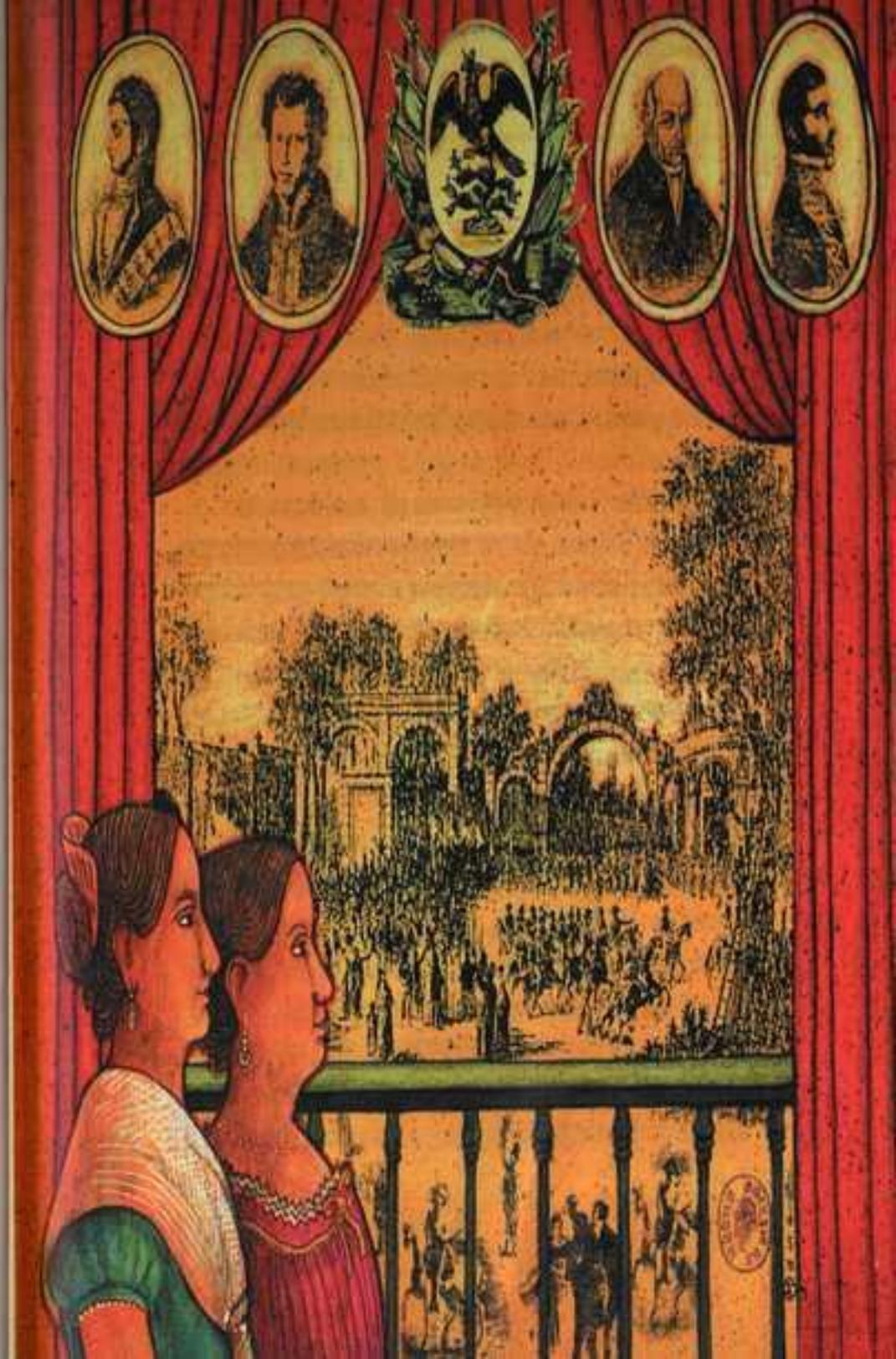
—Leona Vicario está bajo las alas del águila mexicana; muy justo es protegerla.

La ciudad de Oaxaca era regida por un gobierno insurgente. Con el objeto de contar con suficientes armas para su defensa, se había instalado un pequeño taller para fabricar armamento bajo la supervisión de un estadounidense llamado Peter Ellis Bean, quien se había unido a la lucha de los mexicanos y era un eficaz colaborador de Morelos por sus conocimientos en la fabricación de armas y pólvora. Ellis Bean tuvo la idea de que un utensilio de cocina —el metate—, con el auxilio de las mujeres, sería de gran ayuda para la producción de pólvora.

María Leona quiso ir a conocer este lugar y lo hizo acompañada por Peter Ellis Bean (a quien los insurgentes llamaban cariñosamente don Elías) y por su amigo el pintor Rodríguez Alconedo. Cuando entraron al taller, las mujeres estaban en amena charla. Al entrar, los saludaron amablemente y, dirigiéndose a don Elías una de ellas dijo:

—¡Ay, don Elías, hoy sí nomás vamos a trabajar un rato en esto de hacer la pólvora. Hoy nos tendrá que esperar la guerra!

—¿Cómo que hoy no hay guerra? —preguntó divertido don Elías.



—Pues verá, don Elías, lo que pasa es que hoy hay una fiesta. Habrá desfile, misa, música y harta comida con mole y todo.

—Nosotras ya no nos damos abasto —comentó otra de las mujeres—, 'ora molemos pa' la guerra, 'ora molemos el chile pa'l mole.

El pintor Rodríguez Alconedo comentó sonriendo:

—Pero fíjense que no sean los mismos metates que usaban aquí, porque si no el mole va a saber a puros diablos.

María Leona no podía creer lo que estaba viendo. Las mujeres ayudaban al ejército proveyéndolo de un material tan necesario para la guerra como la pólvora. En seguida se ofreció a ayudar.

Don Elías dijo que el metate era una valiosa aportación de México para la fabricación de la pólvora, porque en él se podía moler el material necesario para producirla. Entonces una de las señoras, al escuchar el comentario, preguntó sorprendida:

—¿A poco en su tierra no los usan?

—No, señora, porque en mi tierra no los hay.

—¿No los hay? ¿Y entonces en qué muelen el chile o el maíz pa' las tortillas?

El pintor Rodríguez Alconedo comentó que la lucha había venido a poner todo de cabeza. Él, que siempre se había dedicado a hacer joyas para las señoras ricas o retratos de ellas o de sus hijos, e incluso había hecho un retrato del generalísimo Morelos, ahora hacía los grabados para las monedas insurgentes. Y luego agregó:

—Las mujeres, en vez de preparar la comida para sus hijos, lo hacen para los fusiles.

—No, no se crea —interrumpió una de ellas—. Seguimos haciéndola. Las mujeres sabemos darnos tiempo pa' todo.

María Leona comentó que bien valía la pena el esfuerzo que todos hacían, porque era para la mejor de las causas: lograr que la patria fuera libre.

MARÍA LEONA, EN EL CONGRESO DE CHILPANCINGO

Después de varios meses de permanecer en la ciudad de Oaxaca, María Leona volvió a emprender un largo camino. Ahora se dirigió a Chilpancingo, donde se instalaría el primer Congreso insurgente. Ahí también estaría presente Andrés Quintana Roo, con quien había contraído matrimo-



nio, y que fue designado presidente del Congreso. Se dice que una noche, la víspera de la instalación del Congreso, José María Morelos se presentó en la vivienda en la que se encontraban los Quintana Roo. En la estancia había un solo asiento y sobre la mesa ardía una vela que daba una luz muy tenue.

—Siéntese usted y escuche lo que voy a leer —dijo Morelos—, porque mañana tengo que hablar y temo decirlo mal: quiero decir lo que siente mi corazón. Escuche con cuidado y, cuando termine, corrijame.

Andrés Quintana Roo se sentó, Leona se quedó de pie al lado de su marido casi sin poder contener la emoción. El generalísimo Morelos se paseaba de un lado a otro, con su chaqueta blanca y su pañuelo en la cabeza. De repente se detuvo y comenzó a pronunciar su discurso. Habló sobre el derecho de los hombres a la libertad, de la igualdad de todas las razas, sobre la separación de la Iglesia y el Estado, de la libertad de comercio.

Así, transcurrió un largo rato. Los esposos Quintana Roo escuchaban impresionados sus palabras, dichas con sencillez y sinceridad, pero con gran pasión.

Quintana Roo se levantó emocionado y, al mismo tiempo que le daba un abrazo, le dijo:

—Señor, que Dios lo bendiga. No quite ni una sola palabra de lo que ha dicho, porque es admirable.

A la mañana siguiente, la ciudad se engalanó con arcos triunfales hechos con flores multicolores para celebrar el nuevo gobierno. Hubo ceremonias civiles y religiosas. Morelos lució el uniforme de gala que le mandó hacer Mariano Matamoros durante su estancia en Oaxaca.

El desfile fue una muestra de lo que Morelos anhelaba: la igualdad de los hombres. Por la calle principal de Chilpancingo desfilaron los soldados de los diferentes batallones, integrados por indios, criollos, mestizos y negros. Todos juntos representaban a la población de lo que sería la nación mexicana.

En diciembre de 1813, Morelos decidió tomar la ciudad de Valladolid para que fuera sede del Congreso y centro de sus operaciones militares. Supuestamente la ciudad podría ser tomada sin problemas, ya que sólo contaba con 800 hombres para su defensa. A pesar de una hábil maniobra para que el gobierno virreinal no sospechara cuáles eran sus intenciones, todo salió mal.

Iturbide, al mando del ejército del norte, marchó rápidamente hacia el lugar del sitio, logrando, además de romperlo, dispersar al ejército insurgente. Se perdió gran cantidad de armamento que los insurgentes habían reunido durante meses, así como víveres. A partir de ese momento todo serían derrotas. Un ir y venir de un lugar a otro.

En 1814, el Congreso llegó a Apatzingán para la jura de la Constitución. Por unos días se olvidaron los últimos desastres. Hubo fiestas y bailes para celebrar este importante acto. Meses después, se le pidió a Morelos escoltar al Congreso a Tehuacán por ser un lugar seguro, ya que seguía en poder de los insurgentes al mando de Manuel Mier y Terán.

Andrés Quintana Roo y Leona Vicario decidieron marchar hacia Tlalpujahua y Sultepec. Ahí continuaron luchando junto con guerrillas que operaban en esa zona. Permanecieron en lugares apartados, ya en la alta sierra o en profundas cañadas. Hasta ellos llegó la noticia de la captura y muerte del general Morelos. A pesar de esta triste noticia, no perdieron la fe en el triunfo ni se amedrentaron por la constante persecución que sufrían.

A principios de 1817 nació la hija primogénita de Leona Vicario. Le puso por nombre Genoveva, en recuerdo de la pro-



tagonista de una historia que, supuestamente, nació en una cueva y fue alimentada por una cierva en el bosque de Brabante.¹ El padrino de la niña fue el general Ignacio López Rayón.

Varias veces el virrey ofreció perdonarles la vida si dejaban de luchar en contra del gobierno. María Leona prefirió continuar viviendo en el monte, pasando hambre y frío antes que aceptar las propuestas del virrey.

Así pasaron varios años. Muchos de sus antiguos compañeros de lucha se rindieron al enemigo. Un día de marzo de 1818, la familia Quintana Roo fue capturada, sin embargo se les perdonó la vida.

Durante algún tiempo vivieron en la ciudad de Toluca. Por encontrarse sin trabajo, sin dinero y enferma, María Leona escribió a su hermana Luisa, marquesa del Apartado, pidiéndole ayuda. Ella le contestó de inmediato y le prometió que la escondería en su casa y que llamaría al mejor médico de la ciudad de México para que la curase. A los pocos días recobró la salud.



Un día, su hermana le dijo que el virrey Juan Ruiz de Apodaca estaba dispuesto a recibirla en palacio. Ella se ofreció a acompañarla.

Cuando estuvieron delante del virrey, Luisa se dirigió a él y le dijo:

"Señor, ella es mi hermana Leona. No quiero ser cómplice de su herejía. La pongo en

sus manos para que la hagáis encerrar, a fin de que no siga cometiendo más delitos contra Dios y contra el reino."

María Leona no podía creer lo que había escuchado. ¡Cómo era posible que su hermana fuera capaz de tal infamia! Pensó que había llegado su fin. En lo primero que pensó fue en sus hijas Genoveva y la pequeña Dolores, recién nacida: quedarían desamparadas.

Sin embargo, el virrey, en vez de mandar aprehender a la insurgente, se dirigió indignado a Luisa, recordándole:

"Como noble que soy, jamás dejaría de cumplir con el deber de respetar a una dama. Señora —dijo dirigiéndose

a María Leona—, puede regresar sin temor alguno a su casa."

Así, los esposos Quintana Roo volvieron a radicar en la ciudad de México, luego de largos años de ausencia.

Después de que Vicente Guerrero y Agustín de Iturbide unieron sus fuerzas, el ejército de las Tres Garantías hizo su entrada triunfal a la ciudad de México el 27 de septiembre de 1821. Es posible que dos mujeres ejemplares —María Leona Vicario y Josefa Ortiz— hayan presenciado el desfile militar con el que se celebraba la consumación de la Independencia, desde el balcón de alguna casa situada en la Plaza de la Constitución.

En medio de su alegría, no podían olvidar a todos aquellos que ya no estaban presentes físicamente:

—¡Hidalgo, Allende, Aldama! —pensó Josefa Ortiz de Domínguez.

—¡Morelos, Matamoros, Galeana, Rodríguez Alconedo! —recordó Leona Vicario.

Gracias al esfuerzo de todos, ¡la patria al fin era libre!

En 1827 el Congreso de lo que aún era el estado de Coahuila y Texas dispuso en un decreto que, por los eminentes servicios prestados a la patria, la villa de Saltillo se denominara en adelante Ciudad Leona Vicario.

Leona dio las gracias al Congreso por el honor que le había dispensado, "tanto más apreciable y lisonjero por no merecerlo". Los últimos años de su vida, Leona Vicario se dedicó a su hogar, aunque sin dejar de cumplir con sus deberes de ciudadana, continuó ayudando a cuantos se lo solicitaban y convirtió su casa en un asilo de pobres. Muchas tardes llegaban hasta su hogar sus viejos amigos, antiguos combatientes, para recordar los años pasados.

Leona Vicario murió en la ciudad de México en 1842 a los 53 años de edad. Presidió sus funerales el entonces presidente de México, Antonio López de Santa Anna. Los periódicos dieron la noticia de su fallecimiento con frases de elogio por sus innumerables méritos.

Sus últimos años los vivió feliz, con la satisfacción de haber participado en la guerra de Independencia y haber podido estar presente en el momento en que su patria iniciaba una nueva época (septiembre de 1821) para buscar una vida mejor para todos, en la que los niños, jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, tuvieran derecho a ser felices.



Mujeres en la Independencia
se terminó de imprimir en Talleres Gráficos de México,
Canal del Norte núm. 80, Col. Felipe Pescador, CP 06780,
México, DF, en 1996. La edición, en papel couché dos
caras mate de 100 g., al cuidado de Roberto Chávez,
Dirección de Difusión, *razones*, consta de 1 500 ejemplares
más sobrantes para reposición.



NIH 21 1997

